

## **NO ERA DOMINGO Y COMIMOS EMPANADAS.**

La raquítica luz del sol de esa mañana de agosto entraba oblicua por los vidrios de colores de vitraux del salón dibujando formas diversas en los muebles arrumbados hacia las paredes, para hacerle sitio a las sillas y el cajón, que quedaba en la penumbra del centro. Habían sacado la alfombra. Todos hablaban en voz baja, susurraban algo que yo no oía ni entendía bien. Pensaba en él, yaciendo allí con la nariz afilada y un poco de un líquido extraño asomando por su boca. Estábamos esperando al personal de la funeraria, pendientes del timbre de la calle que sonaba en el vestíbulo, antes de la puerta de la cocina. No llegaban y pasaba la hora. Sonó y fueron a abrir la puerta de calle. Alguien subía por las escaleras para entrar al salón. Falsa alarma, era un amigo, uno de los que había llegado con él desde España en el mismo barco. Se quitó la boina y la mantuvo entre sus manos. Era un viejo alto, de huesos fuertes y cara alargada. Sus ojos expresaban la pena y soledad que sentía. Se acercó al cajón y miró a su compañero que partía no se sabe adónde. Le dio un abrazo a la viuda, veinte años más joven que el fallecido, aunque ahora se veía de su misma edad. Se dio media vuelta, se calzó la boina en su calva y bajó veloz la escalera que daba a la puerta, no fuera a ser que la muerte también se fijara en él. Sentimos como ésta se cerraba. Seguimos esperando, en silencio. El timbre sonó ahora más largo y alguien bajó de prisa. Ahora sí. Eran ellos, los de la funeraria. Tres hombres. Dos de traje y corbata negra y uno con cotona de mezclilla azul y camisa blanca sucia y abierta, que en su mano derecha sostenía un maletín de madera oscura, viejo y con una manilla de latón dorado. *Hay que sellar el cajón* -oí que le decía el más alto de los vestidos de negro a uno de mayores los presentes en el salón- *y que lo*

*conveniente era que dejaran hacerlo al maestro sin público, pues sería así más rápido y menos doloroso.*

Salimos todos del salón. La puerta que daba al comedor quedó entreabierta y desde allí, miré como, después que uno de los de traje limpiara con algo la boca del muerto, el de la cotona azul abría su maletín y sacaba un soplete “*Primus*”, un cautín grande con mango de madera y varias barras de estaño. Bombeó varias veces su artefacto y lo encendió con un mechero de chispa poniendo a continuación el cautín a calentar sobre el tubo del soplete con la cabeza hacia adelante encima del chorro de fuego que le proporcionaba el gas de parafina y esperó. El salón se llenó del olor del combustible y cuando el cautín ya estaba el rojo, lo tomó y comenzó a aplicar el estaño sobre la lata con una ventana pequeña de vidrio, que antes estaba detrás de los muebles y que los otros hombres de la funeraria habían puesto previamente sobre el ataúd. El cautín se enfriaba y él volvía a calentarlo y una vez al rojo, reanudaba su labor. Cuando terminó, los otros bajaron la tapa del cajón dejando abierta la parte de la ventanita que daba a la cara del fallecido. Uno de ellos avisó que los deudos ya podían entrar al salón y pasamos en silencio a su interior. Nos sentamos en las sillas dispuestas en semi círculo alrededor del ataúd. Antes de sentarme miré a través del vidrio, vi su cabeza y pensé en que a mi abuelo le hubiera gustado ver el trabajo del hombre de la cotona, pero ya no podría hacerlo nunca más. Alguien dijo que eran ya las dos de la tarde y preguntó si los niños habían comido. Mi madre dijo que no y uno de los mayores salió a comprar algo. Fuimos al comedor y comimos empanadas. Mi hermano menor preguntó si era domingo y le dije que no, y me dijo que si porque comíamos empanadas.